

LAS INSTITUCIONES ACADÉMICAS

Por JUAN J. REMOS

Las raíces

Cuba cuenta con cuatro Academias oficiales: la de Ciencias, la de la Historia, la Nacional de Artes y Letras y la de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española. Han sufrido, como las de todas partes, en el presente siglo, las saídas de las nuevas promociones intelectuales; pero también han constituido la máxima aspiración honorífica de cuantos, habiéndolas atacado en sus mocedades, han pensado en ellas, como la consagración definitiva de sus valores en el mundo de la cultura. En todo ello ha habido mal enfoque de sus detractores, cierto anquilosamiento procesal, en los académicos, y un mucho de insinceridad por ambas partes. Y si no debió sorprender nunca la postura despectiva de los jóvenes (que se veían muy lejos del illón académico: si fué incomprendible la actitud de los que, bien maduros, han vivido en eterno coqueteo con una juventud que, ya ida, no era posible recuperar; y que, en vez de vivir, en lo intelectual, como en la propia vida, a tono con lo que la edad del intelecto demanda, hacen el triste papel de "viejos verdes" de la cultura, desairado, insensato y ridículo, como en la misma vida. Pero todo ello es, al cabo, disculpable en los medios pequeños, donde la ambición sin límites y la estrechez de las posibilidades, suele merecer el piadoso disimulo de estos pecados.

Cuando se conoce a fondo la labor de nuestras Academias, se comprende que el temor a sus rigideces e intransigencias no ha pasado de una pose de quienes venían cuesta arriba y les aliviaba la deformación de la verdad con respecto a la organización y el desenvolvimiento de las instituciones académicas oficiales. Ha solido, sin embargo, producirse el caso análogo al de los que claman por la ligereza en las ropas y la llaneza (rayana en chabacaneria) en el trato, y que cuando alcanzan el Poder o adquieren una fortuna, viven empacados en flamantes trajes y se hacen casi invisibles, para sus viejos camaradas, abandonados por ellos mismos, en la estacada desde la que combatían por los mismos "ideales"; y no pocos, al trasponer la barrera académica, han engolado el timbre y amanerado el gesto. Es que en serio han tomado la "inmortalidad" de los académicos. Sin embargo, en honor a la verdad, son y han sido contados; los eternos idiotas que no faltan en cualquier esfera de la vida social.

En la evolución del concepto de la Academia, se aprecian alternativas que tienen mucho que ver con su función, con su alcance y con sus procedimientos. Antes de fundarse la Academia Francesa, por Richelieu, en el siglo XVII, la idea de estas agrupaciones o corporaciones era muy otra: había en ellas cierta libertad en los criterios y en las normas, que les daba un carácter ex-

tremadamente liberal; y además, las mantenía al margen de los reglamentos, que son los que han venido a desfigurar su primordial finalidad y a aburguesar y hasta burocratizar estas instituciones, en detrimento de su esencial objetivo, que no puede ser otro que el de propender al estudio, a la discusión y por último a la difusión de cuantos problemas conciernen a la ciencia o al arte a que ha sido consagrada la Academia, para consagrar precisamente en ellos, a los académicos que la integren, tanto en la sede, como en los lugares donde haya instituciones o individuos correspondientes.

Hay en toda labor académica un propósito depurativo, que persigue el enriquecimiento del cuerpo orgánico por el que trabaja, tratando de evitar así la evasión producida por la falta de renovación; por tanto, nada más opuesto al legítimo espíritu de las Academias que el reumatismo crónico, derivando en anquilosamiento incurable, que ha querido apreciarse, desde la acera de enfrente, como la tara entorpecedora

de una constitución enferma. Ya se sabe con la etiología del vocablo por su origen histórico, que la función académica no podía ser más trascendente y significativa. Platón, al fundar la Academia, perseguía convertir al filósofo, si no en monarca, en su consejero; y como apunta Alfonso Reyes, "la ciencia ya no ha de morir con el sabio, como en la época de los grandes jonios, sino que ha de transmitirse de generación en generación" (*La Crítica en la Edad Ateniense*). Las Academias responden, en su inicio, y deberán caracterizarse así, en lo sucesivo, a pesar del quebranto que le infligen los reglamentos, al ejercicio del diálogo, que es, sin duda, la forma más eficaz y fecunda en que se ejercita el pensamiento humano. Así se desenvuelven todos los organismos de esta índole, desde aquel que adoptó el nombre de Museo, en la Alejandría anterior a Cristo, y que no tenía ciertamente una índole limitada, sino que estaba abierto a todas las especulaciones de que era capaz por entonces, el entendimiento humano; y en sus salones discernían retóricos, médicos, filósofos, poetas, físicos, astrónomos, matemáticos, etc. A medida que el saber se fué expandiendo y especializando, lógicamente las Academias fueron adoptando un sentido de singularidad.

La Edad Media se cundió de Academias; y en todas ellas imperaba la libre manifestación de la idea (me refiero, claro está, al pensamiento científico o artístico; que de lo político no se hablaba, porque ya estaba suficientemente hablado); y no importaba que funcionara en el propio palacio de Carlomagno, para que en este orden no se coartara a nadie; y nacieron así los Juegos Florales, de Tolosa, que responden a otro de los objetivos importantísimos de las Academias: el estímulo al genio creador. El vuelo magnífico y amplio del Renacimiento no podía dejar de utilizar estos organismos, como vehículos inapreciables del conocimiento y laboratorios insuperables de su elaboración; y desde la famosa Academia de la Crusca, en que se depuró el lenguaje, y de la Platónica, en que hizo esgrima el pensamiento, se invitó al mundo cul-

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

tural que nació con el gran movimiento que marca el inicio de una nueva Edad, a valerle de tales organismos, como los mejores medios para exponer y discutir sus puntos de vista, los humanistas, los filósofos, los poetas, los filólogos, etc. Y la humanidad renacentista se pobló de Academias; y Roma dió capida con la **Academia de los Arcades**, a la de tipo internacional inclusive.

La España del siglo de oro se incorporaba a aquella palingenesis espiritual que tan profundo eco tenía en la literatura, con diversas Academias cuyo carácter y funcionamiento tanto me interesa evocar, por lo que ellas representan de legítimo, en el destino de este tipo de instituciones, en que se conjugaban torneos literarios (con predominio de los certámenes poéticos), tertulias, con lecturas y discusiones sobre temas diferentes. Los jesuitas (justo es reconocerlo) influyeron extraordinariamente en los métodos de las Academias; pues ellos, desde sus escuelas, proyectaron también sus "academias" (que aún sostienen) en las que los discípulos hacían improvisaciones sobre motivos determinados, sostenían polémicas, disertaban extensamente y celebraban justas poéticas. Había en las Academias españolas de los siglos XVI y XVII, una honda bohemia literaria; y las más célebres, como la **Academia de los Nocturnos** (en Valencia), **La Academia Imitatoria** (en Madrid), etc., reunieron en provechosas tenidas, a las mejores plumas de entonces: Cervantes, Lope de Vega, los Argensolas, Tirso de Molina, Calderón, Gracián, etc., pero esto sí, sin campanilla ni reglamento. Constituyeron además, la manifestación más etrapélica del divertimento colectivo, pues sus certámenes trascendían al pueblo... y no faltaron sus cuchilladas con motivo de algún fallo que el discernimiento sin toga estimó erróneo. Eran academias sin marbete; pero, en cambio, con obligado seudónimo, adoptando cada miembro un nombre supuesto, que solía tomarse de los relatos pastorales, tan en boga entonces. Quizá si en todo aquel andamiaje ligero, despojado de toda armazón pesada, hubo un intuitivo sentido de soltería funcional, en lo que el criterio de la época consideró indispensable industria del intelecto y de la inspiración.

Había, pues, en las Academias, una considerable ausencia de estiramientos y de artículos reglamentarios, a pesar de la existencia de los rectores y de los conciliarios y secretarios; y todo ello daba una flexibilidad muy ventajosa al ritmo de las instituciones; y las metía en el pueblo, sin dejar por ello de ejercer su altísima función rectora; es decir, que en vez de permitir que las academias fueran invalidadas por el espíritu plebeyo, se llevaba, por el contrario, a la plebe, el espíritu de la Academia; proceso el natural y lógico en todo momento en que predomine la sindéresis, pero que desgraciadamente en nuestros tiempos se ha invertido, con la sobada cantinela de que hay que hacer lo que las masas quieren; como si fuera un secreto eso de cómo piensan y sienten las masas; y, por tanto, lo de qué es la opinión pública, y cómo se forma ésta; pues a nadie se escapa que lo que comentan y enjuician las masas, es lo elaborado por las **academias ocultas** de los líderes de ocasión; y eso, en todas las manifestaciones de la vida social.

En el siglo XVII, Francia crea el tipo de Academia oficial, para honrar el idioma, para legislar sobre el uso, sintaxis y ortografía de las palabras. El empeño que privadamente se habían impuesto varios escritores, se convirtió en institución nacional, por voluntad del Cardenal Richelieu. La limpieza y fijeza del idioma se había iniciado, un siglo antes, en la citada Academia de la Crusca, la Florencia, auspiciada por Cosme de Médici; y cuyo emblema era un cedazo, con lo cual se simbolizaba la función del organismo: como si dijéramos colar el lenguaje, deteniendo las impurezas en las cestas del instrumento, y no dejando pasar nada más que lo que ha de formar el caudal castizo; lo mismo que en el cedazo se logra detener las partículas gruesas de la harina, no permitiendo filtrarse más que las finas. La Academia Francesa hacía advenir a una severidad que pesaba demasiado, frente a aquellos Salones históricos por los que desfiló, en una deliciosa convivencia de buen gusto y exquisito deleite, la grandeza literaria. A pesar del norte clásico en la producción, las reuniones tenían un sabor desenvuelto y sonriente; y en la Cámara Azul, dispuesta por Catalina de Rambouillet, en su famoso hotel, se desgranó un primor de elegancia, en que privada, "con toda libertad", el espíritu renacentista. El **preciosismo** recibía los más bellos oficios, de los más caracterizados literatos y de las más bellas preciosas; y la señorita de Scudery, Madame de Sablé, Julia de Angennes, en erudita y picante sociedad con Voiture, Corneille, Racine, Malherbe, La Rochefoucauld, Pascal, Madame Sevigné, comentaban en los Salones, los valores del idioma y las bellezas del arte en sus diversas manifestaciones expresivas. El propio Richelieu fué asiduo concurrente.

La Academia Francesa venía, sin embargo, a cumplir una misión urgente y primordial: la defensa de la lengua nacional, ya que en aquellas tertulias ilustres se mezclaban los idiomas y había en ellas una mirada dirigida más hacia lo universal que hacia los puramente francés; y donde lo italiano, sobre todo, predominaba. La distancia además, del alma popular, era evidente; había un divorcio absoluto entre el pue-

blo y aquellos Salones impregnados de perfume, de erudición, de elegante sentido del vivir y del aroma de las más finas y suculentas colaciones. El Cardenal Richelieu, al crear la Academia Francesa, concibió el organismo apropiado para interpretar el genio del pueblo, en su más profunda y permanente revelación espiritual. Ese ha sido el verdadero sentido a que las Academias han debido responder, según el criterio de sus fundadores. La vanidad y la ambición hicieron acaso torcer después tan alta y noble misión, en la propia Academia Francesa, al extremo que, un siglo después, Voltaire, dirigiéndose a un Académico, a quien mucho apreciaba, le decía: "aunque seáis académico, os considero y estimo de todo corazón, sois digno de no serlo". La lucha entre los de dentro y los de afuera, que se ha mantenido siempre, se había iniciado. Incomprensión desde adentro; táctica desde afuera, han sido las fuerzas enemigas de la verdadera y única fundación académica.

En nuestro idioma, España siguió las huellas de Francia; como que las marcaba en la Metrópoli, un rey borbónico, de la rama de Anjou, que llevó al reino ibérico costumbres y gustos franceses. También había en España academias al estilo de la que tuvo por sede el hotel de Rambouillet: la Academia del Buen Gusto, en la casa de la Marquesa de Sarría; y otra más bien parecida a la de los Bebedores, de París, que fue la de la Fonda de San Sebastián. Corría el siglo XVIII. El soberano de procedencia transpirenaica, Felipe V, fundaba la Academia Española de la Lengua, y la de la Historia. Para los pueblos de nuestra cepa tiene importancia suma la significación de estas Academias, porque a su guía se fundaron en la Independencia, otras de idéntica finalidad e inspiradas en los mismos procedimientos. El lema de la Academia de la Len-

gua, no puede ser más elocuente: "Limpia, fija y da esplendor". Su contacto con los valores directos del idioma, en lo popular y en lo culto, es evidente; y una nutrida y transcendental bibliografía avala y dignifica su eficaz existencia, desde 1714. El **Diccionario**, la **Gramática**, la **Ortografía**, fueron las tres obras básicas, que hicieron de la Academia Española de la Lengua, la corporación máxima, a cuya autoridad se recurre, considerándola como la representativa de la norma oficial, en todo cuanto concierne al idioma español, que es nuestro idioma nacional, y el de los países de América y Asia, colonizados por España, y hoy convertidos en Estados libres.

La Academia Española de la Lengua fué designando Académicos Correspondientes, en diversas naciones americanas, hasta que en 1926 se crearon las que ellos llaman Academias regionales. Estas, como lo habían sido los Correspondientes individualmente, antes de la constitución de ellas, han tenido una misión especial que cumplir: la de adoptar el caudal de voces de cada país, capaz de enriquecer legítimamente el vocabulario de nuestro idioma; y además, siguiendo el ejemplo de la Academia matriz, la de publicar su **Boletín** periódicamente, insertando en él monografías no sólo de índole filológica sino literaria, en relación con figuras, obras, movimientos, etc., de las letras, en cada uno de los pueblos hermanos. La Academia Española de la Lengua ha realizado además una labor sencillamente extraordinaria y definitiva, en relación con los clásicos castellanos; la publicación de ediciones; algunas de ellas monumentales, como la de las obras dramáticas de Lope de Vega, la del **Quijote**, la de las **Cantigas**, del Rey Sabio. Estableció asimismo, la ceremonia de ingreso de cada nuevo Académico, con la lectura del discurso de éste, y la del de conies-

tación, encomendado a uno de los miembros de Número. Desde el siglo XVIII, la Academia Española organizó concursos de diversa índole, que han propiciado grandes oportunidades, para premiar obras de excepcional mérito en su especialidad.

No cabe duda que la elección de un escritor, de un historiador, de un artista, de un hombre de ciencia, para la Academia que corresponda a su actividad, ha sido considerada como la consagración definitiva. Que en ello ha habido exageración, incluso en las veteranas instituciones europeas, no cabe duda; pero en honor a la verdad, han sido los menos, aquéllos que llegaron por el compadrazgo y el favoritismo, que los que arribaron por un valer incuestionable e indiscutible. En nuestros pueblos jóvenes es claro que la liberalidad ha sido mayor; pero también con respecto a las Academias americanas puede repetirse la misma afirmación que acabo de hacer con respecto a las europeas, en general; si se analiza bien, en nuestras Academias han ido ingresando los valores ya consagrados; que es, en realidad, uno de los requisitos a que debe responder, en primer término, la condición del candidato. No obstante hemos visto ingresar, en más de una ocasión, hombres que aún se hallan en proceso formativo, por muy prometedor que éste sea; y hasta no ha faltado alguno (no podemos dejar de reconocerlo) cuya bibliografía no existe. Pero son casos muy contados; y el pecado no es sólo de la joven América, sino que en él también cayó la vieja Europa, que tal vez nos lo enseñó, como otras cosas que nunca debimos haber aprendido.

En Cuba, las Academias, a excepción de la de Ciencias, no surgen hasta la República independiente. Su patrón es el de la Real Academia Española; aunque sin uniforme para los Académicos, ni el tratamiento de

Excelencia (que en alguna fué sustituido por el Honorable). No obstante, el frac fué prenda académica en todos sus actos solemnes; pero en estos últimos tiempos de estridencias, se ha desterrado esta prenda, como si la calentura estuviera en la ropa; restándole así a los ac-

tos académicos, la gravedad que lógicamente debieran revestir, de acuerdo con su calidad, con su origen y con su función. Pudo haber sido algo que se salvara de la chabacanería ambiental; pero el coque-

4

teo de los intelectuales con las tendencias radicales, llevó al despojo de toda solemnidad académica, creyendo que de esa manera se le da a este cierto sabor popular; olvidándose no solamente de cuál es el único marco que debe tener la Academia, sino que ésta tiene por su razón de ser un sentido profundamente popular, de defensa de los valores históricos, artísticos, etc., del pueblo; pero que nada tiene que ver esto con la forma de vestirse. Al contrario, la Academia, con su solemnidad, lo que hacía era dignificar el genuino sentido popular, sin que nada tenga que ver esto con lo popular, que, desde luego, está muy lejos, por fortuna, de lo académico.

Nuestras Academias, además, han solido lamentablemente confundir un tanto su estricta labor, con la de ateneos y liceos; no existiendo muchas veces una definida línea divisoria, entre el carácter de éstos y el puramente académico. Quizá si por eso mismo ha sido también tan liberal el concepto que ha predominado de un tiempo a esta parte, para la

elección de los nuevos miembros; ya que por lo general, poco se ha diferenciado la labor de un ateneo a la de una academia. No creo, al hacer esta afirmación, que las Academias deben admitir sólo elementos venidos por el tiempo, por muy copiosa y eminente que sea su obra, pues lo natural es que dichos elementos hayan ingresado en plenitud; cuando, eso sí, ya no se discuten sus méritos; porque la principal función académica es la de discutir y estudiar los problemas propios de su índole; así como participar en las publicaciones académicas (libros, anales, fascículos, etc.); y todo eso requiere, sin lugar a dudas, madurez, experiencia, haber andado un buen trecho por los caminos de la cultura; y aportar una prueba bibliográfica de que se ha hecho una vida creadora, que merece la compensación honrosa de la investidura académica. La labor ateniasta, de liceos, etc., es más bien orientada hacia la divulgación de los conocimientos, por medio de disertaciones, audiciones, etc.; sin que falte

el estímulo de los certámenes y la puerta abierta a todos los intelectos jóvenes, que en estas instituciones pueden y deben hacer sus primeras armas en el campo de la cultura. Su diferencia de la Academia, en el orden de las jerarquías es bien notoria; ya que aquélla es la que representa en la nación la alta cultura. Me estoy refiriendo, como se comprenderá, al concepto abstracto de Academia; lo cual significa que alta cultura puede representar toda institución que por su alta categoría en la función, pueda hombrarse con las que oficialmente reciben el nombre de Academia... y que a veces, deplorablemente, no responden a aquella función, para la que fueron creadas. Hay, en cambio, casas de cultura, como el Ateneo de La Habana, que por su historia tienen la jerarquía de una Academia. Veremos más adelante, particularizando, qué debe nuestra alta cultura a las Academias.

La ausencia de las Academias en Cuba, fué salvada, durante la Colonia, por las tertulias que se celebraban en las casas de algunos escritores y hombres de ciencia, y en determinadas sociedades culturales, como la Sociedad Económica de Amigos del País (fundación ofi-

cial); La Caridad, del Cerro; el Liceo Artístico de La Habana, el Liceo de Guanabacoa; el Club San Carlos, de Santiago de Cuba; el Liceo de Matanzas; La Filarmónica, de Bayamó, etc. Las tertulias tuvieron una significación mayor; sobre todo las que se originaron en la casa de Domingo del Monte, tanto en La Habana, como en Matanzas, y que hacia 1835 tuvieron su máximo apogeo. En estas tertulias, el erudito humanista, centro de las mismas y gran orientador de la cultura cubana, se confundían los valores hechos y los valores en formación. Allí nació el Romanticismo en nuestras letras, con la lectura de *El Conde Alarcos*, de Milánés, de cuentos de Cirilo Villaverde, de Anselmo Suárez y Romero, Ramón de Palma, y artículos de José Victoriano Betancourt, José María de Cárdenas, *El Lugareño*; allí explicó la maravilla de sus investigaciones, Felipe Poey, cuando no leyó alguna silva; allí discutió sus ideas sobre el porvenir de Cuba, el Conde de Pozos Dulces. Más de una vez se asomó a ellas Plácido; y en su seno se gestionaron los recursos para comprar la libertad del poeta Manzano.

Durante el siglo XIX se multiplicaron las tertulias; y otras de las más significativas fueron las de José María de Céspedes y las de Nicolás Azcárate; en las que despuntaban las nuevas generaciones, posteriores al 68. Las tertulias de la *Revista de Cuba*, auspiciadas por el gran tribuno, José Antonio Cortina; las de Rafael María de Mendive, en su colegio *San Pablo*; las de Felipe Poey, en su casa, etc., constituyeron los centros en que las figuras más representativas del intelecto cubano expusieron sus puntos de vista, discutieron las corrientes de ideas predominantes, dieron a conocer sus novelas, poemas, etc. El movimiento de la alta cultura gravitaba en aquellas inolvidables tertulias. Sólo existía una Academia debidamente organizada: la de Ciencias.

La Academia de Ciencias

Es ésta la más antigua de las Academias de Cuba. Fué fundada en 1860, por Real Decreto, e inaugurada el 19 de mayo de 1861, en la

Universidad Literaria de La Habana. Su nombre completo es Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales; sus primeras sesiones se celebraron en la Sociedad Económica; centro también representativo de la alta cultura cubana, y del que estuvo a punto de surgir la Academia de Literatura, debida a la iniciativa de José Antonio Saco, secundado por los cubanos más puros del momento; y que fué ahogada, como es sabido, por las autoridades coloniales, que sospecharon de ella, como vehículo de ideas contrarias al régimen colonial.

El primer Presidente de la Academia de Ciencias fué uno de los médicos cubanos más afamados de entonces; el doctor José Nicolás Gutiérrez y Hernández, profesor de la Universidad de La Habana, y que hacia más de treinta años que luchaba por lograr esta fundación; gestión en que le secundaba otra figura destacada de la medicina cubana: el doctor Tomás Romay. El primer Secretario de la corporación fué Ramón Zambrana, médico, poe-

6

5

11

ta y crítico; como se sabe, ya Romay había muerto. Cristalizaba así una empresa que había tenido tres décadas largas de elaboración; y que a pesar de la presencia en nuestro ambiente del Obispo Espada y del Intendente Ramírez, a quienes tanto debe la cultura cubana, no había podido fructificar.

Uno de los médicos más cultos y sapientes de nuestros días, el doctor José Manuel Martínez Cañas (recién desaparecido) comentando la inauguración de esta Academia, en un hermosísimo ensayo, escrito para ser leído en la conmemoración del establecimiento de la misma (en 1940) dijo, refiriéndose al discurso del doctor José Nicolás Gutiérrez: "Entre mucho interesante y elocuente, canta a la ética profesional y al apostolado médico, siempre incomprendido o erróneamente enjuiciado, y agrega también que la primera piedra que ahora se pone, la estuvo labrando por largos años. Su palabra es cálida y, sobre todo, muy sincera. Siguiendo el vuelo de sus ideas se percibe bien pronto el singular talento que posee y toda la reciedumbre moral de su espíritu selecto. Es un ateniense nacido en Cuba". Apunta que Zambrana le contestó, en nombre de los Académicos, y que habló del fin humanitario de la Academia y del profundo y purísimo entusiasmo que agita el pecho de sus fundadores. Hace un elogio de la fe, como sentimiento indispensable para llegar al éxito, y después de unas referencias históricas respecto del origen de otras academias, en breves, pero elocuentes palabras, profetiza lo que algún día para la cultura cubana, significará la Academia de Ciencias".

En los sillones de la Academia se han sentado los hombres más re-

presentativos de la ciencia cubana. Sus presidentes fueron siempre personas insignes, desde su fundador, el doctor Gutiérrez (que lo fué también de la Academia de Ciencias de New Orleans) rector de la Universidad y primer profesor de clínica quirúrgica y de partos en la misma, así como fundador del primer periódico de medicina en Cuba: **Repertorio Médico Habanero**. A lo largo del tiempo, rindieron labores utilísimas en la Academia, médicos, naturalistas, químicos, etc., que abonan una bibliografía riquísima, vertida en sus **Anales**, que cuentan ya más de ochenta volúmenes y que se inició en 1863. Las firmas de los autores responden a quienes más han descollado científicamente, en el siglo XIX sobre todo; ya que en el actual no siempre ha sido en los **Anales** donde han dado a luz sus importantes obras, los hombres de ciencia que en él han brillado. Unidos al nombre de la Academia brillan los de Poey, Gundlach, Sauvalle, Luis Montané, Joaquín Lebrede, Fernando V. Aguirre, Antonio de Gordon, Francisco y Juan Bruno Zayas, Díaz Albertini, Carlos de la Torre, Rafael Cowley, Vilaró, Juan Santos Fernández, Joaquín Barnet, Emilio Auber, Chevrolat, Presas, Antonio Mestre, Joaquín Muñoz, Diego Tamayo, Gonzalo Aróstegui.

Manuel Delfín... Unéuse a éstos, florecidos en nuestro siglo: Angel Arturo Aballí, Jorge Le Roy, Rafael Menocal, Domínguez Roldán, Gabriel Casuso, Rafael Nogueira, Luis Ortega, Benigno Souza, Pedro Fariñas, José L. Corral, Rodríguez Molina, Montouillieu, Juan Manuel Planas, Mario Sánchez Roig, Millás, Martínez Cañas, Domingo Ramos, Fortún, Horacio Ferrer, Castro Bacher, Clemente Inclán, Grande Rossi, Octavio Montoro, Emilio Martínez, García Marruz, Elpidio Stincer, los Mencia, Morales Coello, Abascal, Manuel Gran, y su último Presidente, el doctor José A. Presno, uno de los más sobresalientes cirujanos, profesor y ex Rector de la Universidad, y director de la **Revista de Medicina y Cirugía de La Habana**.

Cuenta la Academia de Ciencias con un magnífico Museo de Historia Natural, en el que se conservan preparaciones de Poey y de Gundlach; mucha riqueza en ejemplares paleontológicos cubanos (cerca de 400), minerales, frutos, animales; todos de nuestra tierra. Ostenta también un Museo Antropológico, con interesantes ejemplares de arqueología india, así como de monstruosidades humanas, que conciernen a la Teratología. La Biblioteca es nutrida en las especialidades, y cuenta con más de cien mil volúmenes.

Los servicios prestados a Cuba por la Academia de Ciencias, no se han circunscrito a la labor investigadora, interna, de la corporación, sino que ha sido un eficiente organismo de consulta para los Tribunales de Justicia, y en el exterior ha llevado la representación de la sabiduría científica cubana, a diversos Congresos internacionales. Sus miembros, además, han solido integrar, en representación de la Academia, múltiples Tribunales de oposiciones a cátedras de distintos centros docentes oficiales. Ha estimulado a la vez a la producción científica cubana, convocando a diversos

concurso, algunos con carácter periódico; y en su edificio (ubicado en la calle de Cuba) ha dado hospitalidad a muchas instituciones de carácter científico, que han podido desenvolver así decorosamente sus actividades. Es más, siendo presidente el doctor Juan Santos Fernández, dió cabida allí al Ateneo de La Habana, que gracias a tan significativo servicio, pudo subsistir, en momentos de su más profunda crisis económica.

La Academia ha realizado sus trabajos, distribuyendo a sus miembros en doce secciones o Comisiones Permanentes: Biología, Patología y Clínica Médicas, Patología y Clínica Quirúrgicas, Higiene, Demografía y Legislación Sanitaria, Medicina Legal, Odontología, Medicina Veterinaria, Farmacia, Terapéutica y Botánica, Toxicología, Química Legal y Análisis Físico-Químicos, Geología, Mineralogía y Paleontología, Antropología y Zoología, Meteorología y Climatología. Convenientemente han sido llevados, a cada uno de esos cuadros de labor, sus elementos especializados; y así ha podido realizar a plena responsabilidad, esa gran prueba que significa la colección inapreciable de sus **Anales**, cuyos primeros directores,

PA TRIMONIO
DOCUMENTAL

FONDA DE HISTORADORES
DE LA HABANA

fueron los doctores Antonio Mestre y Joaquin Muñoz.

La Academia de la Historia

Cupo al general José Miguel Gómez, como Presidente de la República y al doctor Mario García Kohly, como secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, el honor y la satisfacción de ser los creadores de la Academia de la Historia y de la Academia Nacional de Artes y Letras; ambas en el año 1910 y con sólo dos meses de intervalo entre una y otras. Respondían estas iniciativas al ambiente de alta cultura que había principalmente en nuestra capital, y que demostraba no solamente un gran interés por los valores históricos, literarios y artísticos de Cuba, sino que denotaba una inquietud bien evidente por el movimiento cultural del mundo, como se observa en los empeños del Ateneo, fundado en 1902, desde cuya tribuna se trataron los problemas más importantes y palpitantes, en lo político, en lo social, en lo docente, y en cuanto concernía a las artes y a las letras; hasta el nacimiento de la Sociedad de Conferencias, que dirigieron primeramente Max Henríquez Ureña y Jesús Castellanos; y después aquél y Evelio Rodríguez Lendíán. Además, revistas como **Letras**, **El Figaro**, **Cuba Contemporánea**, **La Reforma Social**, **Cuba y América**, reflejan en sus páginas la intensidad de la vida intelectual en aquel momento.

Por Decreto de 20 de agosto del citado 1910 fué creada la Academia de la Historia de Cuba, y a su seno fueron cubanos distinguidísimos, como escritores y como actores de dó esta Academia, para la investigación histórica, debiendo adquirir cuanta documentación estimara importante para reconstruir debidamente el pasado colonial y heroico, y preparar la publicación de los papeles y monografías que contribuyeran a formar el caudal bibliográfico, que permitiera constituir una fuente imprescindible para el estudio de nuestra evolución. Al principio, la Academia estuvo adscrita a la Secretaría de Instrucción Pública; pero desde 1914 se promulgó la Ley, que firmaron, como Presidente, el general Mario G. Menocal, y como secretario de Instrucción Pública, el doctor Ezequiel García Enseñat, por la cual se reconocía a la corporación, personalidad jurídica propia y absoluta capacidad civil; reconocimiento oficial que la dotó, al mismo tiempo, de recursos económicos que es estimaron capaces para poder cumplir su misión editorial y difusora, y además para poder instalarse decorosamente.

El primer presidente de la Academia lo fué un cubano de alto prestigio patriótico: el coronel Fernando Figueredo, combatiente de los Diez Años, en que figuró como secretario de Carlos Manuel de Céspedes, y miembro del Gobierno Re-

volucionario en la hora rebelde de 1878; representante de la Revolución en Tampa, en el 95, y autor de la imprescindible historia de **La Revolución de Yara**, escrita con veracidad y con fibra literaria. Le substituyeron figuras muy destacadas en la historiografía: Evelio Rodríguez Lendíán (uno de los más activos y eficaces animadores de cultura, profesor eminente de la Universidad de La Habana), Enrique José Varo-

na (cuyo sólo nombre es una evocación de significaciones excepcionales), Alfredo Zayas (ex Presidente de la República, gran orador y ferviente patriota), Tomás de Justiz (excelente profesor y autor de diversas obras históricas y literarias), Fernando Ortiz (magistral ensayista, pluma de repercusión mundial en sus empresas etnológicas y arqueológicas) y Emeterio S. Santovenia (notabilísimo biógrafo y prestigio indiscutible en el ensayo histórico) que la preside actualmente, desde hace varios años.

La Academia de la Historia es la corporación que mayor bibliografía cuenta; ha publicado más de 300 obras; algunas de un valor incontestable; y habiendo logrado tan heroico empeño, aun frente a la incuria oficial muy amenudo, pues ha sufrido, como las demás Academias, las crisis económicas más inahorables; pero el espíritu de laboriosidad de sus miembros integrantes, les llevó a gestionar y conseguir un grupo de benefactores de la Academia, entre las firmas industriales más importantes también; lo cual les permitió continuar sin descanso la labor de publicidad que tanto la ha caracterizado; pudiendo ofrecer hoy una lista editorial que abarca los

más diversos y fundamentales temas de la historia patria, y que es de obligada referencia para todos los que trabajan sobre nuestras cuestiones.

Los nombres de sus fundadores y sucesores bastan para hacer comprender la calidad de los cubanos que se han interesado por los destinos de la Academia; además de los ya arriba citados: Manuel Sangüily, Raimundo Cabrera, Juan Gualberto Gómez, José A. González Lanuza, Rafael Montoro, José Miró Argenter, Orestes Ferrara, Rafael Fernández de Castro, Antonio Valverde Juan A. Cosculluela, Francisco de Paula Coronado, Domingo Figarola Caneda, José de Armas y Cárdenas, Enrique Collazo, Rodolfo Rodríguez de Armas, Luis Montané, Alfredo M. Aguayo, Ramón Roa, Manuel Pérez Beato, Ezequiel García, Eusebio Hernández, Juan Miguel Dihigo, Rafael Cruz Pérez, Sergio Cuevas Zequeira, Alvaro de la Iglesia, José A. Rodríguez García, René Lufriu, Joaquin Llaverías, Carlos M. Trelles, Enrique Loynaz del Castillo, Benigno Souza, Néstor Carbonell, Gerardo Castellanos, José Manuel Pérez Cabrera, Diego González, Ramiro Guerra, Chacón y Calvo, Manuel I. Mesa Rodríguez, Enrique Gay Calbo, Emilio Roig, Carlos Márquez Sterling, Federico Córdova, Gonzalo de Quesada, Cosme de la Torriente, Jorge Mabach, Pánfilo Camacho.

Producto de concursos, la Academia ha editado obras valiosas por su documentación y sentido interpretativo: **Historia de La Habana en el siglo XVI**, por la investigadora norteamericana, Irene Wright; la **Historia del Obispo Morell de Santa Cruz** (contentiva del **Espejo de Paciencia**) y la de Urrutia, pertenecientes a los primeros historiadores cubanos, cuyas obras han llegado a nosotros; las Actas de la Cámara de Representantes y del Gobierno Revolucionario, pertenecientes a la Guerra de Independencia; papeles y cantas de Martí, historias documentadas de las conspiraciones de los Soles y Rayos de Bolívar, del Águila Negra y las producidas de 1852 a 1867, por Roque Garrigó, Adrián del Valle y Diego González, respectivamente; papeles del Archivo General de Indias; el **Centón Epistolario de Domingo del Monte** (en vías de publicación aun y con seis tomos editados); **Léxico Cubano**, de Juan M. Dihigo; el primer tomo de la **Historia de la Guerra de los Diez Años**, por Francisco Ponte Domínguez; papeles de Maceo; Bibliografía de Enrique Piñeyro; las obras de Ramón Roa; el **Diario** de Eduardo Rossell; la biografía de Manuel de Quesada, de Máximo Gómez, de Bartolomé Masó, de Antonio Maceo y de Juan Gualberto Gómez, debijas a las plumas respectivas de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, Ramón Infiesta, Rufino Pérez Landa, Octavio R. Costa y Leopoldo Horrego (ambos sobre Maceo, en sendas obras; y el primero, además, sobre Juan G. Gómez). Unase a esto, los **Anales**, contentivos de las actas de las sesiones, de trabajos breves, etc.; y en los primeros números, de los discursos de ingreso con sus respectivas contestaciones, que desde hace muchos años se publican aparte y se reparten el mismo día de la recepción. Asimismo, los **Elogios**, los discursos inaugurales, etc. El doctor Dihigo y el doctor Santovenia,

con veintiséis años de distancia, han trazado la historia de la Academia; y con motivo del homenaje nacional al doctor Torriente, se hizo un tomo con escritos y discursos suyos, relacionados con su labor de internacionalista.

La Corporación cuenta con un número considerable de ilustres historiadores que, en el extranjero y en el interior de la República, figuran como Académicos Correspondientes. Ha celebrado significativos actos públicos, en señeras fechas de la historia cubana y de la americana en general; sin embargo, lo que interesa de la gran obra de esta Academia es lo que ha publicado pues en ello estriba el extraordinario prestigio que se ha ganado dentro y fuera del país. De esos actos públicos a que me he referido, hay una serie de ellos que, por su carácter y utilidad, considero oportuno subrayar: aquella en que participaron actores de la Guerra de Independencia, que expusieron sus recuerdos de los días de heroísmo; desfilando por la tribuna académica, con este motivo: los generales Manuel Piedra y Santiago García Cañinzares, los coroneles Horacio

Ferrer y Martín Marrero; el teniente coronel Nicolás de Cardenas; los comandantes Miguel Varona Guerrero, José Cruz Pérez y Luis Rodolfo Miranda; y el capitán Félix Pereira. En ocasiones posteriores lo hicieron el general Loynaz del Castillo y el coronel Torriente.

La Academia, como afirmé, dió muestras de sus afanes, aun en los peores momentos de su vida; pero justo es reconocer que bajo la gestión de su actual presidente, el doctor Santovenia, ha llegado al máximo de su efectividad. La Biblioteca de la institución tiene fondos nutridos muy valiosos, contándose en ella legados de Figarola Caneda, de Alfredo Zayas, de Rodríguez de Armas y de Rodríguez García; así como una vastísima documentación, con papeles de Céspedes, del Marqués de Santa Lucía y de la Guerra Grande; y también del Archivo de Indias, de Sevilla, que fueron remitidas por Néstor Carbonell y Chacón y Calvo.

La Academia Nacional de Artes y Letras

Como hice notar, surgió ésta dos meses después de la de la Historia; en octubre de 1910, gozando desde 1914 las mismas prerrogativas, en lo jurídico y en lo económico, que le fueron otorgadas a su Academia casi gemela. Ambas constituyen órganos consultivos del Estado, y una y otra han rendido informes importantísimos, con motivo de expresas consultas que se les han formulado por el Departamento de Educación; y se han hecho representar, de acuerdo con las leyes y disposiciones vigentes, en múltiples Tribunales de oposiciones a cátedras de centros oficiales de enseñanza.

La finalidad de esta Academia, según sus Estatutos, es la de adquirir y conservar obras literarias y artísticas, difundiéndolas por medio de la imprenta y del grabado, velar por la conservación de la tradición cultural cubana, estimular el espíritu creador de nuestros literatos y artistas, por medio de certámenes, y sugerir todo aquello que sea capaz de hacer superior nuestro medio. Se le señalaron atribuciones de gran responsabilidad, teóricamente; pero no se la dotó de los medios económicos necesarios, para cumplirlas; y la Academia, a pesar de su brillante historia, no ha rendido todo cuanto hubiera sido capaz de rendir, dada la significación y valores de sus fundadores y sustitutos, y el noble espíritu de trabajo de que han estado animados. Les faltó, sin duda, la acometividad y decisión de sus compañeros de la Historia, para tocar a puertas ajenas a las oficiales, y obtener las contribuciones necesarias, que tradujeran en hechos reales la gran riqueza de iniciativas que sus hombres representativos han tenido y que han esbozado, en más de una ocasión.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

En sus inicios se hicieron algunas publicaciones que denotaban cómo efectivamente estaba en el propósito de sus integrantes, desenvolver un amplio plan, en que las obras impresas dejaran la única huella fecunda de la labor académica; y se dió a la estampa la obra **Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica**, de Eugenio Sánchez de Fuentes; se editaron las obras completas de Jesús Castellanos, de Ricardo del Monte, de Nieves Xenos y de Enrique Hernández Miyares; y en cada acto de recepción de un nuevo académico, se imprimían y repartían los discursos del recipiendario y del académico que le contestaba. Estos empeños, como los concursos anuales, exposiciones, etc., no pudieron mantenerse, pues apenas alcanzaba la subvención para los gastos indispensables de atenciones materiales de la Casa. Sólo ha podido sostener la publicación de los **Anales**, que, estando consagrados por completo a monografías, discursos, etc., constituyen una colección de positivo valor, pues en sus páginas han tenido cabida no solamente los discursos de ingreso, sino entretallos de los académicos extrañan un documento literario o artístico digno de ser recogido. Lástima que los atrasos en los pagos de la subvención mensual, atrasen el ritmo de la publicación, que es un admirable exponente, que se difunde por el mundo, de relevantes cultivadores actuales de las letras y de las artes en Cuba.

Las actividades de la Academia se encauzan a través de cinco secciones: Literatura, Música, Pintura, Escultura, Arquitectura. A ellas han pertenecido y pertenecen los más reconocidos valores cubanos, en cada una de dichas ramas: Sánchez de Bustamante, Varona, Montoro los Carbonell, Romañach, Rodríguez Embil, Sánchez de Fuentes, Agustín Acosta, Dulce María Borrero, Aurelia Castillo, Max Henhiquez Ureña, Medardo Vitier, Rodríguez Morey, Valderrama, Félix Callejas, Ramón A. Catalá, José Antonio Ramos Mario Guiral Moreno, Gonzalo Roig Hubert de Blanck, Salvador Salazar, Antonio Iraizoz, Chacón y Calvo, Federico Uhrbach, Gaspar Agüero, Lizaso, Mañach, García Cabrera, Ernesto Dihigo, Luis de Soto, Miguel de Marcos, Molina, Falcón, el escultor Domingo Ramos Juan J. Sicre, Mariano Aramburo Félix Cabarrocas, Bustamante y Montoro, Vidaurreta, Rodríguez Castells, Martínez Inclán, Bens Arrarte, Bay Sevilla, Mariano Miguel, Orlando Martínez, Emilio de Soto, Rita Longa, Joaquín Weiss Maestri... sería interminable; personalidades todas, los citados y los por citar, de ayer y de hoy, que encarnan a su vez las distintas tendencias del pensamiento estético pues la Academia no ha sido nunca baluarte de ningún sectarismo igual con respecto a sus innumerables Correspondientes.

Su primer presidente fué el doc-

tor Antonio Sánchez de Bustamante, cuyos discursos en las sesiones inaugurales, sobre la Avellaneda, Luaces, Milanés, etc., fueron piezas magníficas. Le sustituyeron, por orden: José Manuel Carbonell, Eduardo Sánchez de Fuentes, Mario Guiral Moreno y Miguel Angel Carbonell. El primero, orador y poeta muy notable, hizo sus discursos inaugurales sobre **Los Poetas del Laud del Desterrado**, que han integrado un libro que ningún estudioso de nuestra historia literaria puede dejar de consultar. Sánchez de Fuentes, el inspiradísimo compositor de **lieder** bellísimos y autor de obras de más grandes, alientos, como óperas, cantatas, etc., dedicó sus discursos a interesantes estudios del folklore musical cubano. Mario Guiral Moreno, que fuera de los fundadores de **Cuba Contemporánea**, muy laborioso, trató temas tan atractivos, como las fructíferas coincidencias de las aptitudes artísticas en los hombres de ciencia; e hizo el elogio del inolvidable Mario García Kohly, a quien como ya he apuntado debía su existencia la Academia. Miguel Angel Carbonell gran orador, ensayista de estilo brillantísimo, ha ido vaciando en sus discursos sus muy sugestivas impresiones sobre los cubanos egregios, a quienes trató personalmente: Sanguily, Varona, Montoro; y ha recibido altos honores de considerable número de centros culturales extranjeros, entre ellos más de diez universidades, a cuyo seno ha sido llamado, para impartir cursos especiales sobre José Martí, con motivo del Centenario del nacimiento del Apóstol.

La biblioteca de la Academia guarda un buen caudal de obras relacionadas con las actividades de la Corporación, y se halla muy bien catalogada y clasificada. Los secretarios que ha tenido han ido haciendo la historia de la Academia, en cada Memoria anual; y así, leyendo esas piezas agradables que fueron componiendo año a año, Ramón A. Catalá, Antonio Iraizoz y José Luis Vidaurreta, desponjándolas de la cita escueta y el dato desnudo, que tanto desesperan al paciente auditorio, se sigue, en sus manifestaciones todas, la curva biográfica de este significado órgano de nuestra alta cultura.

La Academia Cubana de la Lengua

Es esta la más joven de las Academias nacionales de Cuba, aunque es Correspondiente de la Real Academia Española, que es la matriz, y en cuyos procedimientos aprendieron todas. Fué creada en 1926, cuando la Española decidió establecer las Academias regionales; pero no le fué reconocido carácter oficial, hasta 1951, por el entonces ministro de Educación, doctor Aureliano Sánchez Arango, quien accediendo a la petición que le formulamos personalmente el doctor Medardo Vitier y yo, no sólo hizo que el Gobierno realizara el reconocimiento a las veinticuatro horas, sino que también logró en ese lapso, que se le asignara la misma consignación que gozan las otras Academias oficiales.



6

9

15

La Academia Cubana ha de colaborar con la Española en la redacción de la Gramática y del Diccionario, como las demás Correspondientes, aportándole los regionalismos de cada área lingüística, influir cada vez que sea posible, en

la prensa diaria, en la corrección del lenguaje; proponer los neologismos razonables; abrir concursos para premiar cada año los mejores trabajos lingüísticos y literarios; publicar un boletín, o en su defecto una Memoria anual con los trabajos realizados. La Academia Cubana, que tiene vida autónoma, personalidad jurídica y capacidad civil se propone formar la lexicografía de voces cubanas, "teniendo en cuenta la opinión pública, la autoridad de escritores antiguos y modernos que han cultivado estos estudios y las condiciones razonables de los profesores experimentados"; y también dar a la publicidad ediciones económicas de obras que tengan mérito, de nuestros escritores del pasado y del presente. Es obligación de la Academia, evacuar las consultas que el Gobierno le formule, en relación con su carácter específico.

El primer director de la Academia Cubana de la Lengua fué Enrique José Varona, a quien siguió Mariano Aramburo, después Antonio Sánchez de Bustamante, y, por último, José María Chacón y Calvo, que es el actual.

Razones de índole política obstaculizaron el desenvolvimiento de la Academia Cubana, que durante el lapso que va desde su fundación, hasta 1951, se redujo a muy discretas manifestaciones. A Partir de este año, la labor ha sido intensa. Se ha publicado el **Boletín**, trimestral que ha hecho circular ya cuatro números, que integran el primer tomo, y en los que se han incluido monografías de sumo interés. En el referido año 1951, concurrió una nutrida representación de esta institución, al Congreso de Academias de la Lengua, celebrado con extraordinario lucimiento, en México, y en el que quedó constituida la Comisión Permanente que mantendrá en contacto a todas estas corporaciones filiales, incluyendo a la Española. Allí Cuba mantuvo la necesidad de no excluir como se propuso) la colaboración con la Real Academia, y la intervención de nuestros representativos se hizo notar, tanto en los debates como en las ponencias y en las ceremonias solemnes. Presidió la Delegación, el doctor Chacón y Calvo, y con él tuve el honor de compartir las labores, en unión de los doctores Vitier, Miguel Angel Carbonell (cuyo discurso en defensa de la unidad con la Española hizo época) Lizaso, Fernando Ortiz e Ichaso.

Recientemente, la Academia ha iniciado la edición de la **Biblioteca de Filólogos Cubanos**, cuyo primer volumen lo constituye el **Novísimo Pichardo** (712 páginas) conteniendo el **Diccionario Provincial** de Esteban Pichardo, corregido y anotado por el Académico doctor Esteban

Rodríguez Herrera, que es uno de los miembros más trabajadores y que ha dado pruebas muy reiteradas de su erudición gramatical.

Sin duda alguna, debido a su excelente buen sentido y notoria experiencia, y a las posibilidades materiales y morales que hasta entonces no habían sido favorables a la Academia, ésta ha tenido su más provechosa actividad, bajo la actual Dirección, del doctor Chacón y Calvo. Nuestra Academia de la Lengua, que cuenta con la presencia en su seno de un príncipe de la Iglesia, el Cardenal Arteaga, ha tenido pérdidas sensibles, que, ya en plena intensidad de trabajo, ha de lamentar más aún, por lo mucho que a su saber y espíritu creador habría de deber: Enrique José Varona, Mariano Aramburo, Carlos M. Trelles, Carlos de la Torre, Francisco de Paula Coronado, Juan Miguel Dihigo y Antonio L. Valverde.

El Ateneo de La Habana

No es posible, al hablar de las instituciones académicas cubanas prescindir de un recuerdo de reconocimiento al Ateneo de La Habana, ya que en su sede vivieron las otras Academias al nacer, y hoy se desenvuelve en su casa, la Academia Cubana de la Lengua. Además, el Ateneo representa la más cabal tradición de la alta cultura cubana. De 1902 a acá, el Ateneo de La Habana ha hecho desfilar por su cátedra a los hombres más eminentes de nuestro suelo y del extranjero, cuando éstos han pasado por esta ciudad. En sus salones se discutieron, en el primera década del siglo, los problemas de mayor trascendencia para la vida nacional, como el sufragio, que fué tratado por las figuras intelectuales más destacadas de entonces, como Varona, Dolz, etc. En ellos disertaron Lanuza, Montoro, Sanguily, Giberga, Fernández de Castro, Mariano Aramburo... cuanto significaba y valía en aquella hora. Lo mismo en las décadas sucesivas.

Para darse cuenta de lo que ha sido el Ateneo en relación con la evolución cultural de Cuba, estando siempre a tono con el instante,

baste recordar sus cursos sobre valores de la filosofía contemporánea, sobre la crisis de la libertad, los poetas de ayer vistos por los poetas de hoy, las figuras cubanas de la investigación científica, la emoción de la escena en nuestros actores (serie que tuvieron a su cargo los artistas cubanos más destacados en el año 1943). Más hacia atrás, son inolvidables aquellas series de la Sección de Ciencias Históricas y de la Sección de Bellas Artes, que vieron nacer tantos valores actuales de la historiografía y del arte, y las que bajo la dirección de Chacón y Calvo rindieron homenaje a Cervantes y a su obra inmortal; las que tuvo a su cargo aquel maestro del buen decir que fué don Mariano Aramburo y Machado; y el curso que sobre Derecho Penal explicó Lanuza.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

En ningún instante, el Ateneo dejó de ser el predio neutral de la cultura, en que fué posible exponer y discutir todas las ideas; y en que la filosofía, las artes y las ciencias gozaron de magníficas oportunidades para la revelación de sus problemas y de sus exponentes más caracterizados, por medio de destacados tratadistas y de notables intérpretes. La Medicina ha tenido el privilegio de contar con tres cursos, en los que se ha expuesto, primeramente, el desarrollo universal de esta ciencia; y posteriormente, sus grandes valores en Cuba; habiendo sido escogidos, para el desarrollo de los temarios, los médicos más eminentes de estos últimos años. En esta labor merecen justo aplauso dos valiosos especímenes de la clase médica: los doctores Octavio Montoro y Manuel Villaverde, que han sido los organizadores de las memorables sesiones.

El Ateneo ha llevado a cabo, dentro de sus medios económicos, diversas publicaciones, de algunos de los cursos celebrados: **Los Maestros de la Cultura Cubana, Figuras Cubanas de la Investigación Científica, Historia de la Medicina, Los Poetas de "Arpas Amigas", La Tradición Cervantina en Cuba,** etc.

Nació el Ateneo de La Habana, a iniciativa de José Manuel Carbonell, en 1902 (él ha hecho recientemente la historia de este fecundo parto, en una evocadora conferencia ofrecida en el propio Ateneo); su primer presidente fué un reputado jurista y orador: don Pedro González Llorente. Al fusionarse el Ateneo y el Círculo de La Habana, se turnaron las labores académicas con las de recreo; pero con el tiempo volvió al Ateneo a su genuino carácter, quedando sólo para los empeños culturales. En esto debió muchos el Ateneo al tesón y al amor por estos empeños, de su penúltimo presidente, el Dr. Evelio Rodríguez Lendian. Le habían precedido en la presidencia de la institución: José Antonio González Lanuza, primer presidente del Ateneo y Círculo de La Habana; Rafael Fernández de Castro, Ricardo Dolz y Juan Santos Fernández. Lo preside actualmente el doctor José María Chacón y Calvo, que supo honrar el legado de Lendian, llevando al Ateneo, como ha hecho con la Academia Cubana, a su momento de más intensa y continuada obra cultural. Durante su gestión, el presidente Grau concedió el beneficio de parte de un sorteo de la Lotería que permitió adquirir su casa actual; aunque quedando gravada con una hipoteca, que se ha liberado por otra concesión análoga del presidente Batista, en el actual Gobierno.

Resumiendo...

Las Academias nacionales de Cuba entrañan una extraordinaria significación en la historia de nuestra cultura; lo mismo que el Ateneo que (como vimos) está tan ligado a ellas; y no lo entrañan por la simple condición oficial, no, sino porque ellas han dignificado la misión que se les encomendara al fundárselas, e inclusive han hecho más, mucho más de lo que los medios materiales le hubieran permitido. Las Academias han sido también casas abiertas a la cultura popular, no circunscribiéndola a una élite; y en cada hito de nuestra vida republicana, han sido antenas que han recogido la palpitación interior y mundial.

Con un extraordinario desinterés, ejemplarísimo, han luchado en ellas, por elevar la cultura cubana, los mejores cubanos: al rendir a las Corporaciones este tributo de justo enaltecimiento, lo estamos rindiendo a esos paladines, que todo lo dieron y dan por honrar la cultura, sin ventajismos personales, sin pretender hacer de aquéllas, andamios para encaramarse, sino impulsados simplemente por un amor al ideal que entrañan siempre las cosas del espíritu, y al que no puede servirse más que así, como lo han hecho ellos.

Juan J. Remos

Env. dic 22/23

